

LINGOTE DE METAL FINO

Padre Pedro José Ynaraja

Una perla fina, de exclusivas tonalidades y forma original, es admirada por su belleza y alcanza elevados precios, pese a que casi nadie se interesa por su composición química o estructura cristalográfica.

Solo una vez he tenido ocasión de tener en mis manos un lingote de oro. Fue un capricho, un conocido que lo poseía, me permitió observarlo. Conocía su valor porque me lo dijo antes de enseñármelo. Su belleza no era espectacular, al no estar pulido, brillaba poco, pero el precio superaba al de las perlas que he visto en muchas ocasiones.

Las perlas de la corona de la Iglesia son sus mártires, nadie lo duda. El ejemplo que nos dan es admirable. Se afirma desde diferentes fuentes, que cada cinco minutos muere un cristiano mártir. La riqueza cristiana se inició cuando Esteban recibió el martirio, ha ido aumentando y en la actualidad sube muchos enteros, pese a que tantos lo ignoren, tal vez sea para poder vivir tranquilos su mediocridad.

Los lingotes de oro fino de la Iglesia, son sus misioneros. Con motivo del día del DOMUND se nos dan estadísticas. Se busca más que admiración, ayuda y nuevas vocaciones. Cuando yo era pequeño, se nos invitaba a guardar sellos de correos usados y "papel de plata" (en realidad el de entonces era de estaño). Era una manera al alcance de cualquiera, ya que la venta de unos y otros, proporcionaba dinero que se enviaba a las misiones. Ahora bien, sin ninguna duda, este sencillo interés de recortar con cuidado el sobre alrededor de la estampilla y el ver como crecía poco a poco la apretada bola metálica, fomentaba inquietudes e ilusiones. No creo que hoy se pueda acudir a lo mismo. El "papel de plata" es de aluminio, se escriben menos cartas y en las oficinas de correos, franquean nuestros envíos con pegatinas autoadhesivas.

Ahora bien, actualmente, los medios nos proporcionan noticias. Quiero referirme unos testimonios de todos conocidos. En Madrid han muerto dos misioneros españoles que prestando un servicio médico y religioso, han contraído el ébola. La prensa nos ha ido proporcionando detalles técnicos de su traslado desde África y de su ubicación en el hospital a los que los han llevado. También de su fallecimiento.

Imaginando su situación patológica, su estado de ánimo y su aislamiento, pensaba que estas circunstancias no permitirían un contacto físico entre el enfermo y un ministro del Señor, sacerdote u obispo. Suponía que la oración, la misma absolución y tal vez la Eucaristía, se permitiría que las recibieran, aunque la Unción de los enfermos no fuera posible. De nada de esto hablaban los medios. He sabido ahora por una amiga implicada en la entidad hospitalaria, pero en departamento de investigación, que nada de esto se les proporcionó. Uno de los facultativos que les ha atendido directamente, con mucha discreción, comentaba que lo que más lamentaba era la situación personal en el aspecto puramente humano. Decía: les

han traído aislados naturalmente, les han atendido aquí unas personas que no conocían, que ni siquiera podían ver, envueltos como estaban en máscaras y ropa blindada. No han escuchado ninguna palabra amiga, no han visto ninguna imagen personal consoladora... he quedado desolado... No pudo añadir más.

Mi amiga me decía que a la planta sexta han subido demasiadas personas, ninguna amiga o religiosa. Ella misma le ha recordado al responsable del servicio religioso, que allá arriba estaba la Hna Paciencia Melgar, que llegó pensando en darle sangre al P. Manuel García con el que había colaborado. Ella que se había curado, podría prestarle este servicio. Llegó tarde, ya había muerto, pero se quedó. Ha ido proporcionando sangre suya a la enfermera que estaba en tratamiento. Pues bien, a esta monja podría al menos llevarle la comunión, le dijo. Y parece que a partir de entonces así ha sido. Esta iniciativa partió de una científica investigadora del mismo hospital, pero no relacionada con el caso. La he felicitado, pero lamento que lo que pensó, y se lo corroboró el facultativo citado, no lo hayan advertido gente de Iglesia de la misma población.

En Liberia, los enfermos que rezaron por los Hermanos de San Juan de Dios, rezan fervorosamente ahora por la curación de la enfermera que se contaminó atendiendo al misionero que tanto a ellos les sirvió ¿Quién ha invitado aquí a hacerlo?...

Estos lingotes espirituales de oro fino, que son los misioneros, ellos y ellas, son muy ignorados, triste situación. Lamentable noticia, test de la situación cristiana de estas tierras.